

Mayo 18/96

Pero donde de un modo más admirable se dejaba sentir el ejercicio de la caridad de los soldados era en el socorro á los pobres.

— Cuando me dirigía al cuartel, — me contó un oficial del 54, que había mandado durante algún tiempo el destacamento de San Cataldo, — iba rodeado invariablemente de un enjambre de pobres; las mujeres detrás con los pequeñuelos en brazos, delante y á los lados los muchachos, tendiendo las manos, gimiendo y llorando. Aguardábame junto á la puerta un numeroso grupo de pordioseros, y en cuanto llegaba me rodeaban todos, me oprimían, me cogían por los faldones de la levita y me acosaban á fuerza de gritos, de súplicas y de gemidos. Con gran trabajo podía al cabo desasirme de ellos, y las más de las veces no me era dable conseguirlo si no acudían en mi auxilio los soldados de la guardia, que apartaban á la muchedumbre á fuerza de amenazas y empujones. Ocasiones hubo en que ni las voces ni las amenazas fueron suficientes, y no quedó más recurso que echar mano á las bayonetas y hacer ademán de herir, sólo así lograba abrirme paso; pero como no anduviera ligero para penetrar en el cuartel, asediábanme de nuevo y con más empeño si cabe. Muchos de aquellos infelices permanecían durante todo el día sentados en el suelo junto á la puerta; algunos había que allí dormían durante la noche, y no faltaba uno solo á la hora del rancho, cuando salían los soldados con las marmitas en que quedaban las sobras de la comida. En semejante situación se producía una confusión y una gritería que ni por medio de la fuerza podían quietarse. Hambrientos como se hallaban hasta el punto de no poderse tener en pie, cada uno de ellos quería ser el primero en alcanzar su cucharazo de caldo, y por lo tanto echábanse encima de las marmitas, introducían en ellas sus escudillas, ocho ó diez al par, empujándose y sacudiéndose como poseídos, viejos, mujeres, muchachos, todos con rostros desencajados y con una expre-

sión entre torva é insensata, que producía terror y compasión, sórdidos, harapientos, semidesnudos, en un estado que metían miedo. En aquellos momentos los soldados les dejaban hacer, sin pretender por mi parte que les tuvieran á raya, salvó que pasaran á mayores y pretendieran hacer daño á alguno; mas en cuanto había terminado aquella confusión, llamaban separadamente y uno por uno á los muchachos y á las mujeres que generalmente permanecían sin que les hubiese alcanzado cosa alguna, y les repartían las sobras, procurando que los otros no se acercaran, pues en un santiamén daban cuenta de lo que habían cogido, y volvían á agruparse y tornaban á pedir. Esto acontecía todos los días. No hablo ya de los soldados, detenidos á cada instante en mitad de la calle por familias enteras de mendigos, que les hostigaban y perseguían hasta el punto de que les fué preciso tomar la determinación de no salir del cuartel, y contentarse con pasear por el patio. Y con todo preferían residir en aquel pueblo en el cual los pordioseros no les dejaban en paz, á hallarse de guarnición en otros en los cuales se apartaban de ellos por temor al veneno; que hasta en aquella misma insistencia en importunarles y reclamar su auxilio y compasión; en aquella situación que en cierto modo les hacía esclavos de los pobres, hallaban la íntima complacencia que nace de la compasión, cuando puede manifestarse y ejercitarse por medio de la beneficencia.

Y la compasión la sentían aquellos buenos soldados y la beneficencia la practicaban con la mejor voluntad del mundo; pues no sólo daban limosnas todos y cada uno de ellos, por su propia cuenta, siempre y cuando podían y para ello se ofrecía coyuntura, sino en todas las ocasiones en que obligado por alguna suprema necesidad, y después de haber agotado todos mis recursos, hice un llamamiento á sus menguados bolsillos, encontréles siempre dispuestos, sin una sola excepción, á dar cuanto tenían, hasta el último pitillo, y el vaso

de vino con que se regalaban en los días de fiesta con los pocos céntimos que economizaban durante la semana.

Jamás olvidaré la manera cómo se llevó á cabo la última colecta en favor de una familia del pueblo, de la cual el padre y la madre habían muerto del cólera, dejando varias hijas, la mayor de las cuales contaba sólo doce años.—Vea usted si puede recoger alguna cosa,—díjele al sargento, que me contestó:—Lo haré; pero es muy poco ó nada lo que puede esperarse, ya que al punto á que hemos llegado, casi más lo necesitan ellos que las gentes del pueblo.—Ya me hago cargo,—añadí,—pruebe usted sin embargo, pues por poco que se obtenga, vale más algo que no nada.—Fuése al dormitorio: los soldados sentados en el suelo en círculo, como en derredor de una gran mesa, comían y charlaban, con la menguada satisfacción y alegría que en aquellos días y en aquel lugar se disfrutaban. Acercóse á ellos el sargento, y les dijo:—Escuchad un instante.—Callaron todos.—Ayer mañana quedaron sin padre ni madre seis niñas de este pueblo. ¿Hay quién quiera dar algo, siquiera para que no perezcan de hambre?

Los soldados se miraron los unos á los otros como si quisieran preguntarse:—¿Qué es lo que podemos dar? Como no sean las cubiertas de la libreta de alcances para hacer caldo con ellas...

—¡Ánimo!—dijo el sargento.—Una contestación cualquiera.

Incorporóse uno de los soldados, y mostrándole en la palma de la mano una moneda de cinco céntimos, preguntó:

—¿La quiere?

—¡Pues no la he de querer! Algo es algo,—contestó el sargento.—¿Hay quién dé más?

—Si no se trata más que de una monedilla, también yo la tengo,—dijo otro.—Ahí va.

—¿Basta con esto?—preguntó un tercero.

— Mucho que sí.

— Pues también la tengo yo.

— Y yo.

Y de la propia suerte, todos los soldados, uno después de otro, fueron depositando una moneda en manos del sargento, que al paso que las recibía, decía al uno: — ¡Bravo! — Al otro: — ¡Muy bien! — Á éste: — ¡Magnífico! — Á aquél: — ¡Retebién! — Al de más allá: — ¡Bravo, bravo!

— ¡Buenos muchachos! — exclamó en cuanto hubo terminado la colecta. — Y ahora... — añadió, — otra cosa.

— ¿Qué más? — preguntaron los soldados.

— Pan.

— ¿Pan? Si no es más que esto, — respondieron algunos, — lo tenemos de sobras.

Y primero uno, y luego otro, cortaron una recia rebanada de su pan de munición.

— ¿Dónde lo ponemos? — preguntó uno de ellos.

Uno de los cabos cogió una baqueta, y en ella iba ensartando las rebanadas con gran contentamiento y algazara de los soldados.

— ¿Y ahora quién es el que lleva á las muchachas el pan y el dinero? — preguntó el sargento.

— El más guapo, — contestó una voz.

Y todos se echaron á reír.

— Sí, ¡échale un galgo al más guapo! ¿Quién es el más guapo?

— ¡Yo! — exclamó un soldado napolitano que gozaba fama merecida de ser el más feo de la compañía, el cual adelantándose entre las bromas y las pullas de los compañeros, echóse el dinero en la faltriquera y al hombro la enrabanada baqueta, y se puso junto al sargento esperando que le diera la orden para marchar. Los demás prorrumpieron en aplausos.

— ¿Acabaremos? — exclamó el soldado napolitano enca-

rándose con sus compañeros. — Es una mala vergüenza reirse de quien practica una obra de caridad.

Y salió satisfecho y resuelto, en tanto que en el dormitorio estallaba una carcajada general. El sargento me encontró al pie de la escalera, y presumiendo que yo iba á subir, me dijo con voz conmovida: — ¡Ah, señor teniente, qué buenos muchachos los de la compañía!

Este relato, poco más poco menos, oíselo á un oficial del 54. Y lo que hicieron en aquel pueblo los de aquella compañía, lo hicieron los de otras del propio regimiento en Caltanissetta, para cuya población fué dicho cuerpo una verdadera providencia: lo hizo el 18 de infantería en Terrasini en favor de las dos familias que asistieron el subteniente Viale y el sargento Imberti: lo han hecho en Messina el 6.º batallón de tiradores y el 10 de infantería: lo ha hecho el 58 de línea en Petralia Sottana: el 38 de tiradores en Monreale: el 67 de infantería y el 15 de tiradores en Longobucco: el 68 de infantería en Reggio de Calabria: los lanceros de Foggia en Misilmeri: el 25 de tiradores en Rocca d'Anfo: el 7.º de infantería en Mantua, y la guarnición del fuerte en Bard, y los cazadores de Aosta, y otros, y otros que fuera prolijo enumerar, habrán hecho lo mismo, sin que de ello hayamos tenido noticias, por la sencilla razón de que ninguno de los bienhechores habrá querido ocuparse de ello de palabra ó por escrito.

Y sin embargo, no faltaba en aquella sazón quién hacia cargos al gobierno porque sostenía un ejército tan «colosal,» y se decía que se trataba de «embrutecer al país con las bayonetas,» y se sostenía que habría sido de más provecho convertir en hospitales aquellos cuarteles llenos de «desocupados;» y que más valiera emplear en alivio de la miseria el dinero que se gastaba en pagar á los militares, y así otras frases por el propio tenor. Y semejantes cosas se decían en los precisos momentos en que el soldado compartía su pan

con los menesterosos, y luchaba y sufría y moría por la salvación del pueblo.

Á veces los ayuntamientos de aquellos pueblos á los cuales mayores servicios habían prestado los soldados, les daban en recompensa las menguadas cantidades de que podían disponer, debiendo advertirse que no fueron pocos los municipios que tan generosamente procedieron. Y sin embargo, debe decirse también que, aun agradeciendo el proceder, no siempre fué aceptada la recompensa, y de ello pueden citarse no pocos casos.

El ayuntamiento de Licate, á mediados de Agosto, acordó entregar cien pesetas á la novena compañía del 57 regimiento. A prima noche del día 14, el capitán Pompeyo Praga se dirigió al cuartel, á la hora de la retreta, para dar cuenta á sus soldados del acuerdo tomado por el municipio. Hallábanse todos formados en el dormitorio, y el sargento estaba pasando lista. Terminada ésta, tomó la palabra el capitán para cumplir la comisión que allí le llevaba, después de lo cual añadió, dirigiéndose al sargento:

—Mañana, á la hora del rancho, procederá usted á la distribución.

—Está muy bien.

Siguió un momento de silencio.

—Señor capitán...—murmuró una voz temblorosa en medio de las filas.

—¿Quién es el que ha hablado?—preguntó el capitán.

Nadie respondía.

—Pregunto ¿que quién es el que ha hablado?—repitió.

—He sido yo, señor capitán,—contestó un soldado.

—Y, ¿qué querías decir?

—Quería decir... que en cuanto á mí,... y si no es faltar al deber... (y dirigía á sus compañeros ansiosas miradas, buscando en sus rostros la expresión del asentimiento), me parece que lira más, lira menos... para nosotros será lo mismo... y me parece que sería mejor...

—¡Adelante!—dijo el capitán.

—Aquí en el pueblo hay muchos pobres.

Los soldados comprendieron la intención de su compañero, y murmuraron con voz sumisa:—Claro.—Muy bien pensado. —¿Qué duda tiene!—Esto sería mejor.—Ya se ve que sí. —Vale más darles el dinero á los pobres.

El capitán dejó que cesara aquel murmullo y luego se expresó en estos términos:

—Escuchad. Quiero que me manifestéis sinceramente vuestro modo de pensar. No quiero en manera alguna que por complacerme rehuséis la gratificación que os ofrece el municipio; pues obrando así me ofenderíais en lugar de complacerme; ni quiero tampoco que los más impongan su voluntad á los menos. Ese dinero lo habéis merecido; os lo habéis ganado y es bien vuestro; considerad que es justa recompensa á vuestras fatigas, á vuestros sufrimientos y á vuestras buenas obras. Aconsejaros que renunciéis á él, sería una insensatez, que no he de cometer; más bien os digo que haréis perfectamente aceptándolo. Ánimo, pues: sed francos, y hablad con toda libertad. Si alguno hay que necesite el dinero que en la suma le corresponde, dígamelo sin temor ni pena, como podría decírselo á un amigo, seguro de que no he de estimar en menos á quien acepte que á quien rehuse: el que necesite el dinero puede decirlo. Ánimo, muchachos. ¿Hay alguno?

Conmovida la compañía por el lenguaje sincero y afectuoso del capitán, respondió con una sola voz:

—¡Ninguno!

—¿Ni uno siquiera?

Y los miró á todos, uno por uno.

—¡Ninguno!—repitieron todos.

Y el acento de la voz y la expresión de los ojos, confirmaban la espontaneidad de la acción.

—¡Bravo, muchachos!—exclamó entusiasmado el capitán.

—Mañana diré á los individuos del Ayuntamiento, que la

novena compañía del 67 ofrece cien pesetas de limosna para los pobres de Licata.

Y lo que en ésta, hicieron en Aosta, en Scansano, en Génova, y en otros muchos puntos que no hay para qué citar, si no quieren llenarse de nombres páginas y más páginas. Sin embargo, no puedo callar el del valiente Zamela, zapador de ingenieros, que habiendo tenido noticia de las terribles desventuras que afligían á su patria, la desgraciada Messina, remitió treinta pesetas al alcalde de la misma, diciéndole: — «Me las han dado para gratificar los servicios que he prestado asistiendo á los enfermos del cólera de mi regimiento: no tengo más, pero lo poco que tengo lo doy con la mejor voluntad para los pobres de mi pueblo.»

Los actos de beneficencia son siempre dignos de aprecio y alabanza, aun cuando el móvil á que obedecen no sea otro que el deseo de la gratitud y de la estimación de los que los reciben, ó en cuyo provecho se realizan. Pero cuando no sólo no se obtiene el fruto de la gratitud, sino que, por el contrario, el amor y las bendiciones se truecan en odio y animadversión, y la caridad se paga con desprecio, y los beneficios despier-tan sospechas, y los actos más desinteresados se juzgan como verdaderos delitos; y á pesar de esto se persiste valerosamente en el empeño de practicar el bien amando, perdonando, sin otro móvil que la compasión, sin más estímulo que el convencimiento del bien obrar, se adquiere derecho á algo más que al aprecio y á las alabanzas que suelen concederse á las acciones virtuosas que comunmente suelen realizarse. Hablando así me refiero á los actos generosos llevados á cabo por los soldados en aquellos lugares en que se creía que eran ellos los que por orden del gobierno difundían la ponzoña que tantas víctimas causaba, atrayéndose con ello el odio y las maldiciones del pueblo. Y estos lugares fueron los más, desgraciadamente.

Cierto que más tarde, cuando se adquirió el convencimiento de que también sucumbían los soldados á los rigores de la epidemia; que no todos aquellos conducidos por ellos á los hospitales estaban envenenados; que los que sobrevivían á las acometidas del mal no acababan en el capítulo de las alabanzas, respecto de la solicitud y del afecto con que fueron tratados, asistidos y cuidados, desapareció la insensata preocupación. Mas en los comienzos, era en el pueblo creencia general, convicción profundamente arraigada, hecho del todo indiscutible, que los soldados envenenaban. Tan persuadidas se hallaban de ello las gentes, y en especial el vulgo, que lo creían como artículo de fe, y aun cuando, como fácilmente puede comprenderse, no había indicio ni razón que lo cohonestara, todo el mundo sostenía la existencia de mil pruebas irrefutables de tan horrenda conjuración. Una de éstas, y por cierto no de las menos eficaces, veíala el vulgo en aquella misma solicitud de los soldados; en aquel su empeño de entrometerse en todo, de intervenir en todo, sin que nada les obligara á ello, sin que nada se lo mandara, so color de practicar una obra de misericordia, que no podía creerse fuesen capaces de abrigar en su pecho unos hombres como ellos eran, pagados por el gobierno, defensores del gobierno y por consiguiente enemigos declarados del pueblo. Semejante caridad no podía ser más que un disfraz indigno; aquellos actos de beneficencia un pretexto, un medio infame para alcanzar un segundo fin; no podía explicarse la razón por qué, siendo el soldado instrumento de un gobierno enemigo, tendía una mano piadosa al enfermo y al desvalido, como no fuera para darle con más seguridad la muerte con la otra. Con lo dicho fácilmente puede comprenderse de qué manera fueron tratados los soldados por aquel vulgo dominado por aquel miedo y por aquella preocupación.

Una de las ciudades que más fe prestaron á la creencia

del envenenamiento organizado fué Catania, en la cual estaba de guarnición el noveno regimiento de infantería.

Los soldados, en las horas que les dejaba libres el cumplimiento de sus deberes, jamás iban solos por las calles de la ciudad, sino en grupos de tres, de cuatro, ó de más aún, sin lo cual habrían sido víctimas de violencias, lográndose al par con ello tener á raya á los que hubiesen intentado insultarles, ó pasar á mayores cara á cara ó por traición. Casi siempre iban por las calles principales sin alejarse mucho del cuartel: sólo algunas veces, y en caso de necesidad, aventurábanse por las calles extremas: á las afueras no salían nunca, pues de fijo hubieran sido agredidos, ó cuando menos provocados. Donde quiera que fuesen, y así marcharan reunidos pocos ó muchos, mirábaseles de través y con desconfianza. Si en la calle había un grupo, los que estaban de espaldas á ellos volvían prontamente la cabeza, se hacían algunos pasos atrás y se confiaban en secreto sus sospechas. Alguno decía en alta voz: — Aquí están. — Otros: — Mucho ojo. — Pasaban los soldados, y se formaba de nuevo el corrillo. Muchos, viéndolos de lejos encaminarse hacia el sitio en que se hallaban, dispersábanse en diferentes direcciones. Otros topando con ellos echaban á correr, y después que habían pasado se detenían contemplándoles con una curiosidad mezclada de terror y de miedo. En los barrios de la gente pobre, en el punto y hora en que alguno aparecía, cerraban las puertas y se asomaban á las ventanas; otros entornaban los postigos y les contemplaban al través de la menguada abertura: las mujeres llamaban á voces á los pequeñuelos que jugaban en mitad de la calle, ó corrían á buscarlos desatentadas, y cogiéndoles en brazos se metían en sus casas: los muchachos echaban á correr y les hacían muecas y visajes: y al paso que los soldados, siguiendo su camino, iban adelantando, abríanse de nuevo y cuidadosamente puertas y ventanas, y la gente asomaba prudentemente la cabeza pregun-

tándose y contestándose alternativamente por medio de signos. Con frecuencia llegaban al oído de los soldados, gritos y palabras, desde el interior de las casas, que no podían comprender; pero que por el tono airado y amenazador con que eran pronunciadas, revelaban perfectamente el sentimiento que las inspiraba; y dirigiendo sus miradas á las ventanas, veían asomar poquito á poco y con muchas precauciones una cabeza, que en cuanto les había visto, se retiraba, ó una mano que saliendo por entre las maderas se movía en ademán amenazador, ó les hacía la cruz como si se tratara del mismísimo demonio. En otras ocasiones al pasar llegaban á sus oídos feroces insultos, ó tremendas maldiciones, ó palabras incomprensibles que tenían de lo uno ó de lo otro, y si por acaso volvían la cabeza, sólo podían contemplar á un desocupado en ademán de contemplar las musarañas. Pedir satisfacción del insulto valía tanto como reunir la gente y provocar un tumulto: callaban, pues, y seguían adelante. Casos se dieron en que en vez de una palabra, pasó zumbando junto á sus oídos una piedra por diestra mano lanzada: retrocedían, inquirían, preguntaban quién había sido; pero nadie lo sabía, nadie lo había visto, nadie se había percibido.

Cuando los carros del regimiento iban á buscar los víveres, debían pasar por determinadas calles; pero por ninguna otra, pues se decía que dentro de ellos iban las materias venenosas que inficionaban el aire, y atentos á esto, les cerraban el paso y se ponían obstáculos en las calles. Para llevarles el rancho á los que estaban de guardia, en determinados barrios, veíanse obligados los soldados á dar la vuelta por calles extremas. ¡Ay de ellos si hubiesen pasado por el camino más corto y natural! La vista de las marmitas soliviantaba los ánimos, las gentes se tumultuaban, los soldados se veían detenidos, quería verse lo que llevaban, y los conductores no tenían más remedio que comer en presencia de la muchedumbre del contenido de las marmitas, dejando una parte para que fuese examinada y